

Benito Juárez

4

Nuestra Conciencia Histórica

Discurso pronunciado por el Embajador de México en Colombia, Licenciado Víctor Manuel Barceló R., con motivo de la Ceremonia Oficial del Gobierno Colombiano en adhesión al "Año de Juárez" y por el Centenario de la muerte del benemérito de las Américas; en el recinto oficial de la Academia Colombiana de la Historia, el 18 de julio de 1972.

"A las 11.30 horas de la noche de ayer ha fallecido el ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos... el gran atleta de la Reforma y de la Independencia no existe ya... ¡Juárez!, esa gran figura que refleja en ambos mundos la gloria de México, ¡Juárez!, el amigo del pueblo y de la libertad, no existe ya". Con tales palabras angustiadas, inicia el Diario Oficial del Gobierno Mexicano, correspondiente al 19 de Julio de 1872, su informe al País acerca de la muerte del Patricio más universal de los mexicanos, que hace exactamente 100 años, entregaba su tributo a la tierra después de infatigables trabajos para fincar los cimientos de la Patria, libre y soberana, en que ahora vivimos los mexicanos. Este es el solemne motivo para mi presencia esta noche, en el Recinto Augusto de la Academia Colombiana de la Historia, que siempre me ha parecido una entidad fundamental para analizar el pasado de esta patria, tan entrañable a los mexicanos, porque de esa base seguirá proyectándose el futuro de tan importante sector de la gran nación latinoamericana. Conocer el sentido de la historia, con las herramientas de la filosofía y el sereno análisis de la ciencia política, permite la comprensión del sentido de la vida y de la muerte, las razones de las luchas individuales o colectivas de los pueblos, de los triunfos y fracasos de las generaciones que suceden en el proceso inacabable de nuestro cambio o en el momentáneo statu quo vivido. El conocimiento de la historia, lo mismo sirve al espe-

cialista ilustre que se afana por encontrar la imágen científicamente verdadera de nuestro pasado, para que otras disciplinas aprovechen su esfuerzo concreto y lo proyecten para un más adecuado porvenir, como afecta al abogado, al maestro, al político, al economista, al obrero, al estudiante o al campesino, dotándoles de elementos para comprender la razón de su existencia dentro del conglomerado en que viven y el sentido de su actividad como eslabón de servicio al pueblo del que forman parte.

Nos reencontramos hoy con una pieza sustancial de ese pasado majestuoso de la historia latinoamericana, en una renovada profesión de fe en el patriotismo mayúsculo de los forjadores de nuestra conciencia histórica, factor de integración nacional que debe estar abierto siempre al transcurrir del hombre de nuestros días. A esa conciencia histórica Juárez aporta su acción persistente por la libertad, sin apartarse de la Ley, y el valor indomable que aún infunde a quienes siguen su ejemplo, aplicando el único recurso para salvar a América: la acción creadora y transformadora de realidades a fin de ajustarlas a las necesidades populares. Con tal objeto, el Primer Caudillo del Tercer Mundo solo rompía el silencio para interpretar los acontecimientos, uniendo a la palabra el movimiento modificador de este ámbito, largamente explotado, y en el que no basta vegetar sino taladrarle cada día con nuevas empresas; vivir para él, para la tierra, en el sentido de su adecuación al bien de las generaciones

actuales y, sobre todo, de las de nuestros hijos a quienes debemos un mundo más justo y más feliz. La actividad constante, forjadora de sentimientos continentales auténticos, propios, metamorfoseados diariamente con nuestros criterios y para nuestro beneficio, como Juárez y su generación continental lo quisieron, es el único camino para integrarnos en una patria, decíase alguna vez, aquel pedazo de tierra hollado por la huella del esfuerzo humano, y no la tierra estéril, que no es de nadie en tanto el hombre no le dé las características que requiere el bienestar colectivo. Tenía que realizarse este acto solemne, precisamente en esta Institución que, además de su importancia intrínseca, bien conoce el afán de unidad continental de nuestras dos patrias, a partir de los años posteriores a la primera independencia de Latinoamérica. Las relaciones cordialísimas entre los pueblos colombiano y mexicano, son modelos de actitudes entre hermanos. Recordemos, para corroborar que un mexicano vecindado en Cartagena, coopera para la Independencia de esa región y por lo tanto de Colombia toda; y en los primeros lustros de nuestra vida independiente, nuestros gobiernos firman tratados para la intensificación del comercio, —como ocurrió en 1825—, después de bregar unidos por la integración total del Continente, en apoyo a la obsesión del genio bolivariano. Poco después, plenipotenciarios de nuestras dos naciones firman un convenio para que recibiéramos auxilios navales de Colombia en el rescate de San Juan

de Ulúa, el último reducto de la Colonia en tierra mexicana; hecho que no se concretó, porque la escuadra mexicana pudo rendir finalmente a la España Imperial que tenía su ejército de ocupación en ese castillo de la Costa caribeña. Un año después se realizan nuevos contactos para que las armadas de los dos países, se unan en el afán de terminar con los últimos reductos de la dominación española, y cuyo foco principal se localizaba en Cuba. Este último intento no fructificó, por circunstancias ajenas a nuestros intereses, pero es una lección más de auténtica preocupación colombo-mexicana, en aras de las mejores causas de los pueblos de la región. La afirmación final parece demasiado contundente, pero es comprobable que no solo es una frase discursiva, sino la resultante de la verdad histórica. Es de recordarse que los valientes soldados de esta tierra americana, fértil para el amor al hombre y para la amistad, fueron el brazo armado de los libertadores de muchas naciones sudamericanas, sin exigir nunca, ni siquiera el pago de los recursos gastados; reconociendo, a cada pueblo, su derecho de gobernarse como mejor les pareciera. Tal doctrina de urgente y reiterada aplicación, es reforzada por Juárez, desde el ángulo opuesto: esto es, mediante la defensa de la soberanía ante intereses económicos y políticos que expresaban a través de la fuerza armada, su repudio a las tesis de igualdades jurídica de los Estados y al derecho de la autodeterminación. Por ambos lados somos defensores de principios universales que

Leticia Ltda.

Tejidos

- ♦ PAÑOS
- ♦ MANTAS
- ♦ RUANAS
- ♦ PONCHOS
- ♦ HILAZAS
- DE
- LANA

MEDELLIN
BOGOTA
CALI

ya nadie discute, pero que aún se enfrentan a obstáculos insalvables para nuestras naciones a los que solo con la unidad continental para el diálogo universal podremos siempre obtener su prevalencia. Como si fuera poco lo señalado, nuestras patrias son abrigo y hogar para quienes, por circunstancias diversas abandonan su tierra natal buscando posibilidades mejores de realización personal. Así en México se forjan muchos de los grandes de las letras y las artes de Colombia, y otros trabajan, como un mexicano más, en la construcción de una nación más justa y más feliz. También en Colombia, un grupo de mexicanos se arraiga a esta hermosa y noble tierra, entrelazándola para siempre en el porvenir de sus hijos que algún día podrán obtener el galardón de ciudadanía más grande a que pueda optar cualquier hombre nacido en nuestra área: el de ciudadano latinoamericano por derecho. Pero entre todas las actitudes de leal amistad y búsqueda del bien común, que desde los albores de nuestra vida independiente nos ligan, sobresale la lección incomparables de hermandad, inscrita en el Decreto del Congreso Colombiano de 1865, el año terrible para la lucha Juarista. Dicho Decreto, avalado por el Presidente Murillo Toro, reconoce el ejemplo de Juárez para la juventud colombiana y señala honroso merecedor del "Bien de la América", por su incansable tarea de consolidar la libertad de las nuevas naciones del Continente.

Con qué claridad entendieron los patriotas colombianos de mediados del

siglo pasado, la importancia de la lucha Juarista y la urgencia de tomarle como ejemplo para las generaciones futuras. Porque al incorporarse a nuestra conciencia histórica su pragmatismo y su filosofía, en cada expresión oral o escrita de nuestro pueblo se encuentra presente, al lado del genio de Bolívar o de Sarmiento, para recordar sólo personajes nacidos en las esquinas latinoamericanas. Con tal criterio una sola palabra de nuestro habitual vocabulario no puede ser pronunciada sin que lleve, en su esencia, la cristalización de experiencias, o en ocasiones, de memorias históricas. De ahí el problema de nuestro mundo actual en que nos afanamos en traducir mecanismos y pensamientos de otros idiomas, correspondientes a otros medios, para utilizarlos como conceptos en nuestra vida individual y social, cooperando conscientemente o imprevisoriamente a la descomposición social por el injerto de hechos y frases nacidas, de otras circunstancias y para otras características colectivas. El que una idea, o un mecanismo sean útiles en la solución de problemas nacionales o regionales de otras latitudes, no implican que puedan ser aplicados, con idénticos resultados positivos, cuando la experiencia histórica corresponde a idiosincrasias como las nuestras. Creo que debemos mantener y expresar nuestra más profunda admiración y respeto a los creadores de la libertad de otros pueblos y al esfuerzo que desarrollan por tal meta otros más. Su ejemplo es digno de análisis cuidadoso de nuestro sincero reconocimiento por

el valor y la irreductible solidez de sus principios; pero en nuestro medio también hay hombres que vivieron con tales fines y su enseñanza nos debe ser valiosa en primer grado. Que nuestros jóvenes recapaciten sobre esto y vuelvan su mirada a Bolívar, a Juárez el Impasible, a todos los pro-hombres sancionados por la historia, o a los aún actuantes en nuestro ámbito que pugnan, con todo empeño y plena dedicación, por corregir los problemas que hacen inestable y de lento crecimiento nuestro bienestar general. Estoy seguro de que una investigación seria de lo que aconteció con la profundidad que requiere un análisis histórico para merecer tal nombre, individualizando, identificando y descubriendo la singularidad de los acontecimientos nuestros, para elevar del anonimato a los que así los merezcan, será uno de los más serios esfuerzos de los maestros de juventudes en Latinoamérica, para que los jóvenes vuelvan los ojos a nuestra realidad e identificando a sus hombres eje, cooperen francamente a la creación de nuestro futuro. Estoy seguro de que la juventud actual sabe los afañes de Juárez, de su insobornable lección de moral cívica, de su enseñanza de que una nación es una sociedad en que se conjugan los esfuerzos de los vivos con las experiencias de sus muertos, para proyectar el futuro de los que han de nacer. Bajo estas bases, México conforma su nacionalismo y entiende al mundo del mañana, porque quienes no sean capaces de interpretar objetivamente a sus antepa-

sados directos, no tendrían raíces para mirar francamente por su posteridad.

Reforzando las comprensiones y cercanías de nuestro pasado de digna y afable relación de amistad Colombo-Mexicana, el Gobierno colombiano actual emite el Decreto número 68, de Enero 27 de 1972, en adhesión a las celebraciones del Centenario de la muerte del Patricio, en cuyo honor, el Congreso Mexicano, denomina a éste, como el "Año de Juárez", a propuesta del señor Presidente Constitucional de México, Licenciado Luis Echeverría Álvarez. Pero quizá el homenaje fundamental del Presidente de México a Juárez es su esfuerzo por aplicar la esencia del Juarismo, en su constante y profundo diálogo con el pueblo y en especial con la juventud mexicana, abierta a todas las preocupaciones y decidida a crear una patria cada vez más nuestra, como la quiso Juárez, un hombre de acción del que los jóvenes del presente saben como pasó a la historia: humano como el que más, porque fue un patricio en toda la extensión de la palabra, pero no por ello dejó de ser hombre. Este singular personaje mexicano supo de la cólera, cuando ella fue necesaria para alcanzar su objetivo, pero también sus ojos se humedecieron ante la pérdida de los hijos propios y de los ajenos que se ofrendaban por la libertad y la integridad territorial de México. Me imagino, en las constantes lecturas de la vida del Benemérito, su figura indígena pura y noblemente indígena, con un recuadro de jades de esperanza y joyas doradas, bellamente trabajadas por nues-

tros antepasados, bebiendo en vasos de cristal de roca, en un peregrinar invariable hacia su meta, desbrozando el paso con miradas de obsidiana para la intriga y el rencor, y la ley y el orden en sus actos constantes de estadista. Juárez fue inflexible, terriblemente duro cuando era necesario.

Juárez fue ternura y suavidad ante los desvalidos, como la turquesa que adornó a sus cultos y civilizados zapotecas, y a cuya revaluación histórica coopera su figura impar. Juárez, fue, por indígena y por nuestro, el primer latinoamericano con reconocimiento universal.

A la actitud honrosa de Colombia para señalarle benefactor y ejemplo de su pueblo, se une el resto de los nacientes países del Continente. En este anochecer de pesar sí, pero sobre todo de gloria, creo conveniente recordar alguna de esas cabales interpretaciones de la obra Juarista, porque esta debe ser, ante todo, una remembranza de la unión, de la paz y la concordia que el Benemérito pregonó con el ejemplo, para todos los pueblos latinoamericanos.

Varias naciones del continente quisieron dejar constancia de que entendían a plenitud el acto de heroísmo del Patricio, mexicano por nacimiento, universal por derecho de estirpe; porque compartían de Víctor Hugo, gloria de Francia inmortal, sus palabras geniales dirigidas a Juárez que dicen en su parte medular: "Juárez, habéis hecho vivir la libertad... México se salvó por un principio y por un hombre; el principio es la República y el hom-

bre sois vos... Toda usurpación empieza por Puebla y acaba por Querétaro..." En esa hermandad consciente, dos años después del Decreto colombiano, la República Dominicana proclama al Presidente de México por antonomasia, Benemérito de América por la victoriosa defensa que supo hacer de la independencia ante la intervención extranjera. En ese mismo año de 1867, cuando México y América estaban a salvo por el empeño del Indio Zapoteca, la República Argentina, a través de sus Cámaras Legislativas, deciden crear un "Partido que equivale en nuestra terminología actual a la extensión geográfica de un Distrito, con el nombre de 'Benito Juárez', en homenaje —dice el decreto— al estadista mexicano. Legislador, gobernador y Presidente de su país..." y a cuyo Centenario de su fundación tuvo la honra de asistir, hace casi cinco años, integrando la Comitiva Oficial de mi país por esas tierras de la prodigiosa pampa rioplatense, en que una estatua más de Juárez, se alza como Guardián gigante del derecho al pensamiento autónomo y a la acción soberana de Latinoamérica.

En esta ocasión, quiero que mi humilde tributo de ciudadano latinoamericano, llegue hasta algunos de esos contemporáneos de Don Benito a quienes mi memoria atina a recordar, tales como: Manuel Murillo Toro, Bartolomé Mitre, Juan Bautista Zafra, Antonio de Madrigal, Justo Rufino Barrios, Melitón Valverde, Victoriano de Diego Paredes, Domingo Faustino Sarmiento, Santiago Pérez, Alejo Morales, Diputa-

do Benítez, Tomás C. de Mosquera, Senador Acosta, Juan D. Riomalo, Nicolás Pereira Gamba, y que al pronunciar cada sílaba de los nombres de estos ilustres próceres de América, su eco llegue al resto de los que penaron con Juárez, actuaron como él y con él, dando pie a la doctrina base, de toda su existencia, y que no nos cansaremos de reiterar: la estricta igualdad de los Estados y el derecho a definir su forma de gobierno y sus metas de bienestar colectivo, raíces sobre las que descansa el pluralismo ideológico y político que ahora vivimos en un terreno de respeto irrestricto a la voluntad soberana de los pueblos, sostén de la convivencia y cooperación en todos los órdenes del continente. Todavía resuenan las palabras de Juárez, en defensa de la autodeterminación: "Que el enemigo nos venza y nos robe si tal es nuestro destino... pero nosotros no debemos legalizar su atentado... Si otra nación se apodera de cualquier punto de nuestro territorio y por nuestra debilidad no podemos arrojársela de él, dejemos siquiera vivir nuestro derecho para que las generaciones que nos sucedan lo recobren".

Juárez fue un hombre de convicciones y también de dogmas. Tuvo la capacidad de luchar contra el fantasma de la ignorancia sin atacar las creencias; abrió fuego contra la soberbia extranjera, sin llegar por ello a la blandura; supo perdonar a quienes en algún momento le abandonaron por cansancio físico o espiritual; pero nunca transgredió la Ley para salvar la vida de quienes vinieron a desangrar a su

pueblo; o de aquellos, malos mexicanos, que cooperaron a la intención imperial de hacer de América nuevamente una colonia del viejo mundo. Fue capaz de vencer el desaliento de los temerosos, terminar con los abusos del poder y las vacilaciones de los pusilánimes. Su triunfo se hizo convenciendo a muchos y defendiendo a otros, en el dogma supremo de su vida: la integridad territorial de México y por extensión de la América en su conjunto.

Supo oponerse también al exaltado extremista que hubiera deseado arrasar pueblos y cortar cabezas en la plaza pública; controlando oportunamente al calculador, que estaba dispuesto a cualquier transacción para conservar el mando. Juárez es ante todo serenidad, prudencia, acicate inspirador y barrera de dignidad. Es el prototipo para la política mexicana posterior, que intenta respuesta a sus normas invariables de equilibrio, decisión y honradez. Con tales virtudes supo avanzar, sin acelerar pero sin detenerse, sin desesperación cuando el rumbo no era el preciso.

Desde el más alto pedestal de la vida pública mexicana, supo ser comprensivo con el bueno, duro con el perverso, amigo fiel del virtuoso y compañero favorable de quienes siguen su ideario y a su partido. Pero los hombres tienen un inexorable límite físico y Juárez lo cumplió en el Siglo XIX tan contradictorio, en que se obtienen las libertades fundamentales para el continente americano pero a la vez que sufre la anarquía de hombres y pueblos, que aún no encontraban el cami-

no conveniente para hacer buen uso de la libertad política que Juárez supo consolidar para los mexicanos, convirtiéndose como lo expresamos, en el Precursor de la lucha que ahora mantenemos los pueblos del Tercer Mundo por la libertad económica.

Juárez nos legó una Patria actuante en la historia universal; creó una nación que dejaba de ser objeto, adquiriendo todas las características de sujeto en el devenir del mundo. Juárez no es un mártir en desgracia, es un vencedor contra todas las fuerzas que se le opusieron, un triunfador magnánimo que a pesar de las heridas físicas y sobre todo morales recibidas, de sus enseñanzas no se aprenden rencores ni resentimientos contra nada ni contra nadie, ni siquiera contra los petulantes y soberbios, a quienes venció en la conciencia del pueblo tanto como en el campo de batalla. De sus lecciones y de sus actos ante el mundo, nace una nueva moral internacional, respetada paso a paso por los gobiernos que le suceden, sobre todo a aquellos que son producto de la revolución transformadora de principios de siglo, que se nutre del pensamiento de este incommensurable pequeño indígena, telúrico en el color y en la sangre. De los labios cerrados del Maestro aún fluyen las palabras y sus manos siguen regando las semillas de la libertad en el corazón de los jóvenes que dirigirán mañana a su nación y al Continente, y apoyando con su civismo a los hombres que cargan ahora con el peso de la responsabilidad nacional en cada país latinoamericano; porque ayer, hoy

y siempre habrá una frase juarista: de amor al hombre, de lealtad a los principios más caros a la humanidad; de combate a la injusticia y a la iniquidad en tanto estén vigentes en el mundo. Su voz seguirá escuchándose como reclamo de justicia por la aplicación de la Ley, mientras la miseria y las penalidades en que vivimos no sean desechadas de la faz de la tierra. Juárez no descansa, no puede descansar en tanto un niño lllore de hambre, una madre se muera sin atención médica o un hombre recurra al hurto para la subsistencia familiar. Su imagen y su pensamiento son el ariete contra las consecuencias de la incomprensión y el desacato a los principios de la Carta de Derechos Humanos, monumento de la dignidad del hombre que se inspira en su equidad y defensa de nuestro linaje.

En el documento extraordinario para la estructuración de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los pueblos, presentado por el Presidente Constitucional de México, se recogen conceptos de indudable validez para dinamizar la práctica del principio Juarista de no intervención y autodeterminación de los pueblos, y que se basa en: La libre disposición de los recursos naturales; el respeto irrestricto al derecho de cada pueblo para adoptar la estructura económica que le convenga e imprimir a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público; la renuncia al empleo de instrumentos y presiones económicas para reducir la soberanía política de los Estados; la supeditación del capital ex-

tranjero a las leyes del partido al que acuda; la prohibición expresa a las corporaciones internacionales de intervenir en los asuntos internos de las naciones; la abolición de las prácticas comerciales que discriminan las exportaciones de los países no industrializados; la búsqueda de ventajas económicas proporcionales a los niveles de desarrollo; la realización de acuerdos que garanticen la estabilidad y el precio justo de los productos básicos; la amplia y adecuada transmisión de los avances tecnológicos y científicos, a menor costo y con más celeridad a los países atrasados; la consecución de mayores recursos para el financiamiento del desarrollo, a largo plazo, bajos tipos de interés y sin ataduras de ninguna especie.

La voluntad de respeto por parte de todos los Estados a los enunciados anteriores, que integran la esencia de la propuesta mexicana convertida en el más importante acuerdo de la III UNCTAD, será el arranque a nuevas formas de comercio internacional que ofrezca las respuestas más adecuadas a las grandes demandas colectivas y desbroce el camino para la consecución de los ideales históricos de nuestro subcontinente, desangrado y multipartido, en su incansable búsqueda de la libertad, de cultura, bienestar económico y justicia social, en base a una estable convivencia pacífica internacional.

Esta es, en síntesis, selecto auditorio, la resultante moderna del pensamiento Juarista, que es el sustrato de toda acción mexicana de gobierno. De ese go-

bierno que visita todas las regiones y atiende los problemas de su pueblo, directamente, para volver una y mil veces a la relación con la tierra de nuestros propios y venerados orígenes y en el caso de Juárez, solo nos queda en el recuerdo: la humilde choza de Guelatao, tejida con paja y paredes de adobe y acariciada por el viento que corre entre las hondonadas y los pasos de las limerías del Ixtlan. En honor a ese pensamiento, el gobierno crea recientemente el Plan Benito Juárez que llevará agua, el más escaso y preciado elemento, a veinte provincias del país que desarrollan su agricultura, en condiciones muy precarias. Que mejor forma de volver a la génesis de nuestra nacionalidad, a esos orígenes y de toda nuestra historia de grandeza indígena que siguen siendo pauta perenne de la vida de mi nación, que admira en Juárez lo que un hombre puede lograr, a partir de la constancia: en el estudio, en la preocupación social por el bienestar irrestricto de su pueblo y en el servicio a la integración irrenunciable de la Patria a la que pertenece. Juárez, es un hombre nacido para servir es un moderno tecatecutli que honra con su trabajo constante y fervoroso al sector más humilde de su pueblo, del que emerge y al que coloca en un pedestal inviolable de dignidad y decoro. Para obtener tan caros frutos, el Benemérito tuvo que educarse cuidadosamente para la acción. No supo ser vacilante; su momento fue de actos que aceleraron la historia. Su voz persiste a través de quienes persiguen sus objetivos aún no cumplidos. Así el Presidente de Mé-

xico en Santiago de Chile, ya no solamente proclama la libertad de la tierra latinoamericana, sino también propugna la reivindicación del mar y sus recursos, en las dimensiones que cada nación soberanamente decida, como jornada necesaria y urgente en la búsqueda de satisfacciones para las necesidades de sus pobladores. Por tales iniciativas Juárez vuelve a la conciencia nuestra; insiste en una comunidad indolatina, capaz de obtener el vigor para encauzar por el camino del respeto y la dignidad a un mundo que se empeña en mantener vivas las más crueles reacciones de un colonialismo obsoleto y repudiable. Así nuevamente México levanta la voz ante el mundo para requerir el respeto a los principios de la cooperación entre las naciones, mientras "nuestros pueblos ven con desencanto cómo se encarece la atmósfera de los escenarios internacionales, con palabras que no van seguidas de decisiones".

En lo interno, los mexicanos preveemos y actuamos para lograr una patria en la que cada día: la educación, la salud y las oportunidades de progreso, sean patrimonio de todos; en la que los recursos naturales sean reserva nacional y los recursos financieros sirvan a la comunidad entera, una Patria en la que el Estado dicte los cambios de la organización económica que sean más acordes a las necesidades colectivas; que mantenga el derecho, que Juárez le otorgó a la Independencia frente a los países poderosos y el apoyo dinámico a los conceptos de nuestra política exterior de no intervención para preservar la independencia de nuestros pueblos débiles y ayudarles en la medida de nuestra posibilidad y su deseo en el camino que soberanamente se dicten cada uno de ellos para el desarrollo económico y social. En síntesis, estamos en la forja de una patria común, latinoamericana, nuestra, inmensamente nuestra.